

EL MIEDO A LA MUERTE COMO PROBLEMA PARA LA HUMANIDAD Y A LO NUEVO COMO RESPUESTA AL DESCONOCIMIENTO PROPIO

Salvador Robles Pérez
Iñaki Garay Elizondo

Querido amigo:

Plantearse reflexionar brevemente sobre un tema tan oscuro y pavoroso como la muerte, y más aún su influencia en el comportamiento individual y colectivo, puede ser cuando menos inesperado, así que antes de nada debería precisar el sentido de esta reflexión. Es obvio, observando el devenir diario de nuestra especie, que ésta anda sin rumbo claro. Ni los buenos ni los malos nos convencen, ni siquiera hay quien se crea ya esos calificativos, que aparecen siempre difusos en una neblina informativa que lo transfigura todo y, sobre todo, nos repetimos los unos a los otros nuestra incapacidad para cambiar el mundo: «el mundo es injusto y siempre lo será, es inevitable». Así pues, parece que lo único que nos queda es esperar. Esperar a la muerte se ha convertido en Occidente en una forma de vida, medrosa y azorada, que efectivamente se siente incapaz de cambiar nada. Pero el mundo es injusto por los actos que cometemos los hombres y lo único que pretenden afirmaciones como la anterior es autoeximirnos de la responsabilidad, exclusivamente humana, de la injusticia. Fácilmente, se podría contestar que de igual manera «siempre será justamente mejorable», y la verdadera iniquidad radica precisamente en no afrontarlo.



In Ictu Oculi (Juan de Valdés Leal, 1672)

Además, la muerte y la vida son caras de la misma moneda. Pensemos, por ejemplo, que desde un punto de vista biológico, aunque la mayor parte de los órganos se regeneran incluso varias veces a lo largo de nuestra vida, el proceso de degradación de las células parece estar condicionado por reacciones químicas de oxidación que son, en general, las reacciones gracias a las cuales ejecutamos nuestras acciones cotidianas. Dicho de otro modo, la vida puede considerarse como un continuo y parsimonioso *estar muriendo*. Luego elegir qué se quiere hacer en la vida puede interpretarse como decidir qué se quiere hacer mientras morimos. Es en este sentido en el que planteo el miedo a la muerte, es decir, el miedo a la vida, como problema para el hombre y para la Humanidad. Porque, ¿qué acciones realiza (o no realiza) el hombre por miedo a la muerte? ¿Cómo condiciona este miedo sus propios actos con respecto a los demás?

Por otro lado, la finitud de nuestra existencia impone una restricción en los actos que se pretenden hacer en la vida; luego ¿son la ansiedad y el egoísmo, en general digamos la malevolencia, atribuibles de algún modo al fenómeno inevitable de morir? o ¿hasta qué punto están originadas o motivadas por este hecho? Me gustaría especular, tan sólo como mera hipótesis, con una existencia infinita. Sin entrar en las dificultades técnicas que, por ejemplo, plantea José Saramago en su libro *Las intermitencias de la muerte* (supongamos también que la tecnología pudiese eliminar problemas como la superpoblación, la sobreexplotación de los recursos naturales, etc.), intento vislumbrar cómo afectaría esta infinitud de nuestra existencia a los problemas de la Humanidad. Sé

que mi razonamiento simplifica sobremanera el problema pero, aunque sea una mera conjetura, la propongo a reflexión, como contraejemplo, con el propósito de entender precisamente en qué medida la no existencia de la muerte podría suponer una solución para algunos de los problemas del hombre. Quiero decir que, si fuese el caso, la investigación médica en el sentido de alargar la vida podría considerarse entonces una prioridad para la Humanidad, previa a cualquier otra, como resolución de algunos de sus problemas.

No parece una solución. De hecho, da la impresión de que en la actualidad, al menos en los países más desarrollados, donde conseguimos postergar cada vez más nuestra ineludible cita, es precisamente donde más miedo tenemos a morir. Es curioso en este sentido advertir que tendemos, como alguien ya ha dicho, a escondernos de la muerte cada vez más, a ocultarla y cercarla en recintos proscritos: hospitales, tanatorios y cementerios, cuanto más asépticos mejor. En Occidente, aparentemente, ya no morimos. Ver un cadáver de carne y hueso en nuestras casas es ciertamente difícil, ni en nuestras pulcras calles, al menos para la gran mayoría de los ciudadanos. Es cierto que estamos expuestos continuamente a imágenes viscerales y sanguinolentas, pero esa no es la verdadera muerte, sólo están en la pantalla y siempre son caras desconocidas. El drama humano y reflexivo de la muerte, al que habría que atender horas tan sólo para empezar a percibir su olor, no tiene cabida en un mundo informativo en el que rápidamente se tienen que exponer una profusión de noticias absurdas, que nos eliminen la carga de conciencia que supone la idea de morir. Se convierte, por el contrario, en un espectáculo ficticio. En Occidente ya no morimos, adscribimos la muerte siempre a los demás para no hacer más evidente y cercana la propia.

Pienso, siendo consciente de la idealización que implícitamente lleva todo recuerdo del pasado, que en otras épocas, donde la muerte estaba más presente (incluso era cotidiana), el miedo que les producía era menor. Quizás la cotidianidad del hecho de morir hacía más necesaria la idea de trascender a ella, a través de un Dios o a través de la Historia, incluso a través también de la historia de nuestros congéneres. Quizás, pensaban más en lo que quedaba de ellos cuando morían que en lo que se perdía, reconociendo acertadamente nuestra insignificancia fuera del contexto de la especie, de la Humanidad. Nosotros, ahora, ególatras e ignorantes, pretendemos el reconocimiento efímero de nuestra vida presente. El honor ya no es un valor inexcusable, ni necesitamos a los dioses, salvo para exigirles rentas, porque presumimos de estar más distantes del encuentro fatal. Pero, en realidad, nuestra desesperanza, por mucho que la queramos obviar y ocultar en los demás, sigue ahí, habita en el propio proceso de vivir.

No quiero ser yo también aséptico y participar del discurso posmoderno o en una pseudo-objetividad periodística de exponer los hechos como si estuviesen únicamente en la pantalla. Yo sospecho que la imagen huesuda y funesta con la que representamos la parca no es la que le corresponde. Estoy seguro de que está triste y con razón. Hemos olvidado su profunda devoción por nosotros los mortales. Se siente despreciada porque, efectivamente, la despreciamos. Propongo lo contrario. Miremos a la muerte, que es la verdadera cara de la vida, a los ojos. Invitémosla a nuestra fiesta, que es la suya, y bailemos con ella. Como sugiere Saramago, amémosla y gocémosla en el lecho universal. Reconozcamos que es la única que le da sentido a nuestra vida, la única que jamás nos traicionará y que siempre estará con nosotros mientras vivamos. Será ésta la mejor forma de trascenderla y, por tanto, de trascendernos a nosotros mismos.

Pero, ¿qué efectos podría tener este cambio de actitud con respecto a los demás? No planteo en ese sentido una espera apática y desidiosa que nos conduzca a un estado de, ésta sí, muerte absoluta de la Humanidad. Todo lo contrario, perdiéndole el miedo se

lo estaremos perdiendo también a luchar contra la injusticia, contra el poder tirano. El sentido de nuestra vida por tanto no debería ser alcanzar nuestros anhelos, sino anhelar precisamente el proceso de vivir, y ofrecérselo a los demás para que le otorguen, por nuestros actos y con justicia, sentido a la existencia humana. Ver más nítidamente en los demás, en su estar muriendo, nuestro sentido de Humanidad y proyectar en todos los seres humanos nuestra propia trascendencia, nuestro sentido de especie. Reconozcamos en los demás su derecho a bailar con la muerte y despreciemos al que decide adelantarse a su llamada, sin respetarla. Decidamos que sólo nosotros y ella tenemos el exclusivo derecho de concertar nuestra última cita.

Por último, termino ya tan sólo con una aclaración. Alguien podría interpretar en mis palabras el repetido rito mesiánico del suicidio en masa. Lo anunciaré, además, como siuviésemos elección y fuésemos libres al respecto, como si pudiésemos hacer otra cosa que no sea suicidarnos. Lo que estoy proponiendo es que lo hagamos de la forma más bella que existe. Y la forma más bella de suicidarse es, precisamente, Vivir. Vivir, si se quiere o si es que hay otra forma de decirlo, para la Humanidad.

S. R. P.



La Muerte y las máscaras (James Ensor, 1897)

Querido compañero:

He querido comenzar con este saludo a pesar de que no es de mi agrado (nunca he creído que la vida sea un camino y los demás sean compañeros, simplemente por el hecho de que no creo que haya un concepto de vida universal aplicable a todos los individuos). De todas formas, sí que tiene cierta connotación cálida el pensar en la compañía como sentimiento opuesto a la soledad y, al ser humano, como animal social que es, le gusta.

Me gustaría comentar algo más sobre ciertos aspectos que se recogen en tu carta, pero primero quisiera remarcar que el tema se trata (tanto allí como aquí) sólo desde una perspectiva parcial. Es decir, no consideraremos la influencia que sobre el miedo a la muerte ejercen las religiones o la posible concepción ulterior de la misma. Este hecho debiera servirnos para ser cautos y acotar el alcance de nuestras reflexiones. En cualquier caso, no me parece que el tema que se propone a reflexión sea liviano, sino al contrario, complejo y poliédrico.

Me he tomado la libertad (aun a riesgo de que resulte sobrecargado) de plasmar un par de citas que creo que reflejan con claridad al menos parte de las ideas que has planteado. Hay una frase escrita en un libro medieval que reza: «*Aprende a morir y aprenderás a vivir. Nadie aprenderá a vivir si no ha aprendido a morir*». Por otro lado, en el libro *El conocimiento silencioso* de Carlos Castaneda se puede leer lo siguiente: «*Los brujos dicen que la muerte es nuestro único adversario que vale la pena. La*

muerte es quien nos reta y nosotros nacemos para aceptar ese reto, seamos hombres comunes y corrientes o brujos. La diferencia es que los brujos lo saben y los hombres comunes y corrientes no». De esta forma, se sugiere tomar conciencia de la muerte para poder vivir de una manera que sea digna de ser llamada vida.

Efectivamente, la muerte es un proceso biológico. Pero también es cierto que es un proceso que llega a un punto en el que se vuelve irreversible y, ese preciso instante, es lo que en medicina se llama muerte. Y es irreversible en todos los sentidos, en concreto, en el sentido en que lo que no se haya hecho para entonces ya no se podrá hacer. Así enfocado, el hecho de aprender a morir se consume cuando uno ha vivido plenamente y no ha dejado cabos sueltos. Por tanto, yo diría: aprende a vivir y morirás sabiamente. Otro tema es que el ser conscientes de la muerte nos ayude a vivir con plenitud y a saber valorar las cosas en su justa medida, pero no es lo único que contribuye.

En el proceso de aprendizaje vital el principal obstáculo que el hombre encuentra es el miedo. Pero el miedo a lo nuevo, a lo desconocido. El miedo a la muerte se encuentra incluido allí pero no lo es todo, ni mucho menos. No es sino una consecuencia dada por el hecho de que la muerte es una experiencia personal intrínsecamente nueva y desconocida. No saber cual es nuestro núcleo es lo que provoca que ante una nueva situación no sepamos encontrar lo que es propio de nosotros, lo que prevalece; y entonces nos encontramos perdidos. Es esa sensación la que nos produce pánico, miedo. *Nosce te ipsum* (conócete a ti mismo), esta inscripción clásica es una idea que de alguna forma u otra ha estado presente siempre que el hombre se ha preguntado sobre su condición existencial. Precisamente, conocer lo que de auténtico e incorruptible hay en nosotros es lo que nos puede ayudar a afrontar lo nuevo sin miedo, sin miedo a perdernos, sin miedo a desintegrarnos, sin miedo a no prevalecer, sin miedo a vivir. No nos conocemos y, por tanto, no sabemos vivir. Esto es lo que genera el miedo a la muerte y que muramos penosamente; la mayoría de las veces con arrepentimiento de lo que no se ha hecho y con melancolía de no haber disfrutado más cada una de las situaciones. En resumen, morimos con pena de no haber estado nunca vivos.

En Occidente ya no se muere. Sí, es cierto. Nos hemos olvidado de que vamos a morir. Resulta paradójico, pero el hecho de no ser conscientes de la fragilidad de la vida ni de los caprichos del destino hace que nos olvidemos cada vez más de nuestra propia esencia, hace que perdamos la capacidad de vivir. El hecho de *reconocer que la muerte es la única que le da sentido a nuestra vida, la única que jamás nos traicionará y que siempre estará con nosotros mientras vivamos* no es más que otra forma de tener presente el *carpe diem*. Sin embargo, éste se ha convertido en un sinsentido asociado a idealistas o vagos, a pesar de que es lo único que tenemos. Todo lo que no está en tu presente no es tu vida, pero sorprendentemente solemos vivir empujando el presente hacia nuestro pasado con excesiva diligencia. No creo en absoluto en el *carpe diem* llevado al extremo o mal interpretado, pero sí que creo que deberíamos ser capaces de transcurrir por nuestras vidas sin esperar al momento siguiente para ser felices. Esperando... Esperando corremos el riesgo de morir esperando. En un intento de meter todo el envilecimiento de la humanidad bajo el techo de una idea errónea de la vida basada en el desconocimiento propio quisiera comentar, a modo de ejemplo, los siguientes dos puntos de tu carta. *El honor ya no es un tema inexcusable*, pero eso es porque no sabemos quienes somos, ¿cómo vamos a tener honor? En cuanto a la existencia de dioses, ¡no podría haber más! Muchos sectores no católicos de Occidente decimos que no creemos en Dios pero, sin embargo, no hacemos más que buscar figuras o excusas para obrar de cierta forma o para dar valor a una ética personal construida

por lo general, salvo remarcables excepciones, bajo la bandera de un sentido común cada vez más borroso y quebradizo. Se anda por la vida perdido, pero no como aquel que pasea descuidado disfrutando del paisaje sino persiguiendo un objetivo esquivo. Esquivo hasta tal punto que perseguimos algo que no sabemos lo que es, por lo que los pequeños obstáculos se convierten en grandes montañas que (por un objetivo confuso) no merece la pena escalar.

Es precisamente en Occidente donde esos desarrollos tecnológicos que nos permiten vivir más han provocado que perdamos nuestro sentido de humanidad y nos veamos alienados por la misma sociedad que alarga nuestra vida. Queremos trabajar más y más para poder disponer de unos lujos que después no tenemos tiempo para disfrutar. Es cierto que duramos más y en mejores condiciones pero, al mismo tiempo, estamos menos preparados para el cambio, nos cobijamos en las situaciones en las que estamos cómodos y rechazamos todo lo demás, en definitiva *vivimos menos*. ¿Por qué? Porque no nos conocemos y lo nuevo nos aterra. Se nos ofrecen muchísimas opciones a cada momento pero nuestra capacidad de elección se ha visto atrofiada hasta tal punto que ya no elegimos o, mejor dicho, elegimos siempre seguir en una situación de comodidad que, por lo general, nos vino ya dada. La visión de la muerte y el carácter finito de nuestro tiempo hacen que cada elección tenga una importancia desorbitada y nos veamos incapaces de afrontarla. Nos da miedo elegir pero nos vemos obligados a ello y, ante nuestro pavor, elegimos lo habitual, lo que ya conocemos. De esta forma minimizamos la posibilidad de perdernos, la posibilidad de perder lo que creemos que de auténtico tenemos pero, de hecho, sólo tenemos un espejismo. Lo sabemos pero lo negamos. Por eso tenemos miedo. Así, los problemas de racismo, la violencia de género, la homofobia, los fanatismos, y muchos otros problemas con raíces en la incomprensión, en el radicalismo, en el engreimiento, etcétera, no son sino (no me atrevería a decir que es el origen de todos los casos y, sin duda, requeriría un estudio individual) la consecuencia de un espíritu miedoso y sin raíces, abrumado por la responsabilidad de escoger entre más opciones de las que puede manejar e incluso entender y, finalmente, retraído a una posición de autodefensa fundamentada en el rechazo a todo lo que no conoce ya previamente. Así pues, al igual que tú, no creo en absoluto que la supresión de la muerte resolviera en ningún caso los problemas vitales porque éstos son previos a la muerte, tienen que ver con nuestra actitud hacia la vida. Ahora bien, como comentas, también es cierto que *perdiéndole el miedo a la muerte se lo estaremos perdiendo también a luchar contra la injusticia, contra el poder tirano*, ya que si conseguimos perderle el miedo a la *parca* querrá decir que hemos aprendido a vivir, y eso significaría que estaríamos en la mejor situación posible para ser equilibrados, para ser justos y, en definitiva, para ser felices. Estaríamos Vivos.

Quisiera concluir enfatizando la idea de que cuando se vive de verdad no se tiene miedo al cambio, no existe el concepto de miedo a lo nuevo. Quizás se tenga incertidumbre, curiosidad... pero nunca miedo. La vida es nueva a cada instante, por lo que jamás se podrá aprender a vivir teniendo miedo a la novedad. Para que esto sea posible, hemos de saber lo que de auténtico hay en nosotros. Tendremos que buscar, que buscarnos; e intentar hacerlo sin miedo y con esperanza. Asumir la muerte nos ayudará, pero esto será algo obvio cuando hayamos aprendido a vivir. Aprender a vivir para morir sabiamente.

I. G. E.